

TERESA DE ÁVILA Y UNA OBRA OLVIDADA DE RAMÓN J. SENDER

Teresa de Cepeda y Ahumada es uno de los autores más atrayentes del Siglo de Oro español y de la literatura mística universal. Escribía por obediencia, según nos dice ella misma¹, usando un estilo sencillo, coloquial y aparentemente descuidado², para así poder hacer llegar su experiencia ascético-mística a las monjas de su congregación, destinatarias principales de su obra.

Los escritos de Santa Teresa no se publicaron en vida de ella, e inclusive circulaban rumores de que la Inquisición estaba tras ellos³. Pero la fama de estos libros se extendió de todas maneras, y pronto fueron editados por un contemporáneo de la autora: Fray Luis de León. En el prólogo a su edición el

1 Muchas son las veces que la santa nos recuerda que escribe por ruego y mandato de sus confesores. Sirva de ejemplo el siguiente, sacado del prólogo del *Libro de su vida*: "Me han mandado y dado larga licencia para que escriba". (Ed. de Dámaso Chicharro, Madrid, Cátedra, 1982, p. 117). Véanse también los prólogos de sus otras obras.

2 La propia santa ha contribuido a la creencia de que el suyo es un estilo descuidado y falto de método, con reiteradas alusiones a su falta de conocimiento y preparación sobre lo que escribe, como en el caso siguiente, sacado de las *Moradas*, I, II: "Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé, que cierto algunas veces tomo el papel, como una cosa boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar" (*Moradas. Sobre los Cantares. Poesía*. Ed. de Antonio Comas, Zaragoza, Cometa, 1974, p. 50). Sin embargo, sabemos que la fundadora prestaba sumo cuidado al contenido de sus palabras. La monja María del Nacimiento declaraba en el Proceso de Madrid: "Una noche estuvo escribiendo en el monasterio de Toledo hasta más de las doce y teniendo muy mala cabeza; porque le pareció que en una carta iba una palabra no muy cierta, no la quiso pasar, aunque su compañera le decía no era de mucha importancia; y con ser la carta muy larga y tan tarde, y ella con gran dolor de cabeza, quiso más tornar a trasladar la carta, que no fuese en ella aquella palabra que no podía decirse con mucha certeza". (Recogido por GUIDO MANCINI GIANCARLO, *Espressioni letterarie dell'insegnamento de Santa Teresa de Avila*, Modena, Società Tipográfica Modenes, 1955, pp. 83-84).

3 Teresa nos habla de estos rumores en el capítulo 33 del *Libro de su vida*: "Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores" (*Ed. cit.*, p. 394).

catedrático salmantino da prueba de gran admiración por la santa abulense, tanto por su obra reformadora como por la literaria. Ésta, que es la que nos interesa aquí, es para el fraile agustino ejemplo de escritura en lengua castellana. Dice así:

Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa mientras estuvo en la tierra, más ahora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó, que son sus hijas y sus libros... en los cuales, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo. Porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale⁴.

Si toda obra refleja, en cierto modo a su propio autor, en el caso de Santa Teresa esta peculiaridad adquiere mayor importancia, ya que la autora habla expresamente de su vida y experiencia interior. De ahí la atracción que estos escritos han suscitado.

En el siglo pasado la crítica quiso ver en la santa de Ávila a una persona extasiada, que escribía "a lo que salga", sin orden ni concierto estilísticos, pero estas ideas, afortunadamente, se están superando ya⁵. Y con el desarrollo de la psicología, se sometió

⁴ FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras completas castellanas*, Ed. de P. Félix García, 2ª ed., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951, pp. 1348-1349).

⁵ La idea de la falta de método de Santa Teresa ha prevalecido también en este siglo. LUDWIG PFANDL (*Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, Gustavo Gili, 1933, p. 209) dice que "la obra escrita de Teresa está muy lejos de aparecer bien planeada y completa". HELMUT HATZELD (*Santa Teresa de Ávila*, New York, Twayne, 1969, p. 59) hace hincapié en la tónica improvisadora de la autora y afirma que "her rambling occupies more space than her systematization". Y ANTONIO COMAS ("Introducción preliminar" a su edición de las *Moradas. Sobre los Cantares. Poesía*, p. 20) es aún más crítico al asegurar que la santa no presenta "de una manera estructurada y coherente su pensamiento y su doctrina. A sus tratados les falta siempre una trabazón, tanto por lo que se refiere a su contenido como a la misma construcción de la obra". Recientemente, sin embargo, se están revisando estas opiniones y contradiciéndolas, destacándose, entre los nuevos estudiosos de la monja reformadora, VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, *El arte literario de Santa Teresa* (Barcelona, Ariel, 1978), estudio riguroso y metódico de la obra teresiana desde un punto de vista literario. Véase también mi artículo "Sobre la estructura de *Las moradas del castillo interior*", en *Selected Proceedings of the Louisiana Conference*

también la obra teresiana a un análisis psicológico, en un intento por determinar la verdadera personalidad de la monja castellana⁶.

Como respuesta a estas indagaciones, don Ramón Menéndez Pidal, en el mismo espíritu de Fray Luis de León, escribió un artículo sobre la lengua de Santa Teresa en el que dice que, "cansado de ver el nombre de S. Freud aparecer en los estudios sobre la santa, quiero explicar ese estilo lisa, llana y literariamente, no por hipotéticas figuraciones, sino por los manifiestos propósitos y ejercicios ascéticos de la autora, y por las lecturas que contribuyeron a su espíritu"⁷.

De una forma u otra, Teresa ha atraído la admiración de muchas personas en todas las épocas históricas, particularmente por parte de individuos que han sentido una atracción especial por sus escritos y experiencias místicas, por su personalidad y vicisitudes.

Dentro de esta línea ininterumpida de personas inspiradas por la monja castellana se encuentra Ramón J. Sender, escritor quizá el más prolífico de este siglo en lengua castellana⁸. A diferencia, sin embargo, de otros admiradores de la santa abulense, quienes ordinariamente han tratado de analizar ciertos aspectos de sus obras desde diferentes puntos de vista, Sender ha utilizado su genio creativo para elaborar dos novelas en las que Teresa de Ávila es la protagonista. En otras palabras, ha novelado la vida de Santa Teresa.

La atracción del escritor aragonés hacia la reformadora *Car-*
on Hispanic Languages and Literatures, '81, New Orleans, Tulane University Press, 1981, pp. 107-15.

⁶ Entre los estudios de tipo psicológico destaca el libro de G. HAHN, *Les phénomènes hystériques et les révélations de Sainte Thérèse* (Bruselas, Alfred Vromant, 1883), que produjo toda una serie de reacciones controvertidas.

⁷ RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, "El estilo de Santa Teresa", en *Mis páginas preferidas (Temas literarios)*, Madrid, Gredos, 1957, p. 195. Este ensayo fue publicado en versión más corta en *Escorial* (1941), y en versión íntegra en *La lengua de Cristóbal Colón. El estilo de Santa Teresa y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

⁸ La creatividad vigorosa y prolífica de Sender ha sido reconocida por Pérez-Minik, Nora, Alborg, Marra-López, Peñuelas, Carmen Laforet y un largo etcétera. Disponemos, además, de una muy buena bibliografía: la de CHARLES L. KING, *Ramón J. Sender: An Annotated Bibliography, 1928-1974*, Metuchen N. J., The Scarecrow Press, 1976, puesta al día, en lo que a obras del autor se refiere, en "A Partial Addendum (1975-82) to *Ramón J. Sender: An Annotated Bibliography (1928-74)*", *Hispania*, 66 (1983), pp. 209-216.

melita se remonta a sus años de bachillerato, con ocasión de la celebración del cuarto centenario del nacimiento de la Madre Teresa, y continuó durante toda la vida del novelista. La celebración del centenario le dejó "grabada en la imaginación" la figura de Teresa, y le encendió el deseo por los libros de la escritora santa. Sender encontraba que Teresa era "una santa nada beata", sino que por el contrario, era "una mujer hermosa, valiente, decidida y que de haber nacido hombre habría hecho grandes cosas, como los caballeros de la Tabla Redonda o los de la serie de Amadís"⁹. Ya cerca de los veinte años, el autor comenzó a leer las obras de Freud, y de ahí le vino el deseo de escribir el primer libro sobre Teresa de Jesús, probablemente el primer libro que escribió Sender¹⁰, el cual fue publicado en 1931 con el título de *El Verbo se hizo sexo*¹¹.

El escritor pretendía alejar con este título la idea de que estaba escribiendo una biografía "festoneada de oro y de pañoletas rizadas" (p. 9) sobre la monja carmelita. Intenta, por el contrario, presentarnos un perfil psicológico de esta santa española, que "fue toda amor y, además, amor crudo, natural, carnal, sin melindres teológicos", haciendo en ella patente "la divinidad del sexo, la categoría espiritual y egregia del sexo" (pp. 8-9). Además, el título no es fiel al contenido de la obra, ya que el libro no trata de la sexualización de la divinidad, sino de la divinización del sexo, personificado en Teresa. El mismo autor nos explica esta incongruencia: "Claro está que yo no creo que el Verbo se hiciera sexo. Para ello habría que creer antes en el Verbo. Uso esa palabra porque alguna hay

⁹ RAMÓN J. SENDER, "Antecedentes a *Tres novelas teresianas*", en *Obra completa*, Barcelona, Destino, 1976, II, p. 577.

¹⁰ Así lo creen FRANCISCO CARRASQUER, "*Imán*" y la novela histórica de Sender, Londres Tamesis Books, 1970, p. 207, y CHARLES L. KING, *Ramón J. Sender*, New York, Twayne, 1974, p. 62. Ambos se basan en la carta que el autor envió a Charles F. Olstad el 11 de julio de 1960, en la que le decía que había escrito *El Verbo se hizo sexo* cuando tenía quince o dieciséis años según refiere en su tesis doctoral, "The Novels of Ramón Sender: Moral Concepts in Development", University of Wisconsin, 1960, p. 11. En "Antecedentes a *Tres novelas teresianas*", el escritor dice, sin embargo, que cuando él tenía dieciocho o diecinueve años se publicaron las obras de Freud en España y que, después de leer algunas de ellas, decidió escribir el su novela sobre Santa Teresa.

¹¹ RAMÓN SENDER, *El Verbo se hizo sexo (Teresa de Jesús)*, Madrid, Zeus, 1931. Todas las referencias a esta edición vendrán indicadas en el texto con el número de página, o páginas, entre paréntesis.

que dar a las potencias del espíritu, a la flor y la espuma de la pobre inteligencia humana" (p. 9).

El libro no tuvo el impacto que Sender esperaba por parte del público burgués, y algunos comentaristas lo criticaron duramente¹². El mismo escritor ha querido olvidarse más tarde de esta obra, según sus propias declaraciones dadas en diferentes momentos. En carta dirigida a Francisco Carrasquer el primero de diciembre de 1966, le decía que "en lo que se refiere a Santa Teresa me gustaría que olvidara *El verbo se hizo sexo* (pecado de infancia) y reajuste sus opiniones a la impresión que le produzcan las *Tres novelas teresianas* que va a publicar Destino pronto (antes de final de año). He suprimido el *Verbo* de la lista de mis obras y su lugar lo ocuparán estas tres novelas cortas"¹³. Y más tarde, en el prólogo a una de las ediciones de esta segunda obra teresiana, el autor se excusa de haber escrito el libro en cuestión de esta manera: "escribí nada menos que un libro que pretendía ser un homenaje a la santa, pero que resultaba completamente irreverente para sus fieles comenzando por el título *El verbo se hizo sexo*", y se justifica diciendo que el editor lo publicó sin su conocimiento¹⁴.

Sin embargo, y como dicen Carrasquer y King¹⁵, *El verbo se hizo sexo* es una obra que pertenece a la bibliografía de Sender y como tal hay que considerarla. Es una muestra de la manera de escribir del autor aragonés en sus años mozos, además de ser una bella muestra, a mi parecer, del sentimiento de Sender por la monja carmelita. Y un buen intento de estudio de la personalidad de una mujer entregada a su religiosidad con todas las fuerzas de que era capaz, no sólo del espíritu, sino también de su carne. Vamos a ocuparnos, pues, de esta obra en las páginas que siguen.

Sender expresa dos veces en el prólogo que no quiere hacer una "biografía" de Santa Teresa (pp. 8 y 9). Una lectura atenta de la obra, sin embargo, nos muestra cómo en muchas ocasiones el autor sigue muy de cerca el *Libro de su vida*, cambiando solamente la tónica autobiográfica de la santa por la de narrador omnisciente del novelista. En una ocasión, incluso, el

12 HOMERO SERÍS lo reseñó en *Books Abroad*, VI, nº 1 (1932), p. 22, concluyendo que "one can well dispense with the reading of this book".

13 En Carrasquer, *op. cit.*, p. 208.

14 "Antecedentes a *Tres novelas teresianas*", pp. 577-578. Creo necesario indicar que este prólogo justificante no aparece en la primera edición de la obra (Barcelona, Destino, 1967).

15 CARRASQUER, *op. cit.*, p. 208. KING, *Ramón J. Sender*, p. 63.

escritor cita a Teresa en el Capítulo XXIX de su obra, en el momento en que describe la visión del ángel (p. 196). Cita superflua, por demás, ya que él nos describe este pasaje en una forma altamente similar a como lo hace la monja carmelita. Probablemente Sender quería dar prueba al lector de que sus descripciones no eran del todo exageradas.

Naturalmente, *El Verbo se hizo sexo* es una novela, y, como tal, se aparta de sus fuentes para darnos una visión más amplia del ambiente en el que se desarrolla la acción principal. En este aspecto, Sender ha conseguido darnos una buena muestra de la sociedad contemporánea de la santa¹⁶, aunque, como era de esperar, algunos personajes muestran reacciones y actitudes críticas propias del autor. Así, el espíritu anticlerical del escritor¹⁷ se muestra cada vez que presenta a algún miembro del clero, especialmente al padre Bonifacio, siempre tan predispuesto contra los menos agraciados de la fortuna, siempre inclinado a condenar antes que a perdonar, a jactarse de sus ganancias materiales, etc. Sólo se salva el padre jesuita, defensor de Teresa, posiblemente en agradecimiento a la compañía de Jesús en cuyo centro de Reus cursó Sender los estudios secundarios.

El Verbo se hizo sexo presenta la vida de Teresa de Ávila desde sus años jóvenes hasta después de su muerte. La obra está dividida en quince capítulos, todos con sus correspondientes epígrafes, agrupados en tres partes de cuatro capítulos y una de tres. La primera parte, que denomina "Adolescencia", presenta a Teresa alrededor de los quince años, en casa de su padre, antes de ir al convento de las Agustinas de Santa María de Gracia. Es el tiempo en que "Teresa está en los años en que los sentidos despiertan" (p. 68). Es una joven decidida y poderosa, que no duda en hacer lo inesperado. Así, se mete en la taberna de Abenrais para mediar entre sus hermanos, aun en contra de la voluntad de ellos mismos. Y ante la sorpresa y desaprobación de su doncella, le contesta: "De todo eso se me da una higa" (p. 34). El incidente de la taberna de Abenrais

¹⁶ MADELEINE DE GOZORZA FLETCHER (*The Spanish Historical Novel (1870-1970)*, Londres, Tamesis Books, 1974, p. 123) dice que "Sender omitted no aspect of ordinary human existence".

¹⁷ En "Antecedentes a *Tres novelas teresianas*", p. 578, Sender se confiesa anticlerical, que no ateo, "como buen español". En la obra que nos ocupa, uno de los personajes, don Pedro, indignado con la realidad social española, exclama: "Los caballeros se matan en la guerra para que los clérigos se refocilen en la paz" (p. 18).

sirve de excusa al padre de Teresa y al prelado para enviarla al convento de las Agustinas¹⁸.

Es también Teresa una joven enamorada; un amor que es más abstracción que otra cosa, al que antepone siempre el amor de Dios, y que pierde al descubrir el engaño y maldad que don Diego y el padre Bonifacio tienen para con su hermano Pedro.

En la segunda parte, "Crisis de pubertad", vemos a Teresa, ya en el convento de la Encarnación, intentando acostumbrarse a la vida monacal, aunque sin conseguirlo en un principio. "En ese encierro no han conseguido encerrar aún su alma" (p. 88), y sólo logra quitarle la sonrisa. Por este tiempo Teresa "no se ríe casi nunca, y cuando lo hace, sin darse cuenta, su sonrisa acaba en una mueca triste y cansada" (p. 89). Aún se acuerda del mundo de afuera, de su pobre hermano Pedro, condenado a mendigar por esos mundos, debido a la traición de los suyos.

Poco a poco, y gracias al ejemplo y amor de una compañera, Andrea, Teresa va descubriendo los halagos de la vida retirada: "A solas en la celda vio que todo el secreto de la alegre serenidad de Andrea consistía en buscar dentro de su propio corazón las cosas, y en hallarlas" (p. 101). Pero la falta de dirección espiritual le hace que enferme hasta llegar al borde de la muerte: "Cinco años desiertos, sin sentido", se decía, sin comprender lo que pasaba a su alrededor.

El amor por su primo Diego se va desvaneciendo, incapaz de comprender cómo "un hombre lleno de dobleces, mentiroso, falaz, con ambiciones torpes ... podía medrar en una sociedad católica" (p. 107), hasta darse cuenta "de que nunca podría querer y de que el hombre que le inspirara el amor no había nacido aún" (p. 109).

Una larga y grave enfermedad va transformando sus sentimientos, y su amor, que en un principio parecía humano, va cambiando hasta llegar a ser completamente divino: "Veo a Dios en todo cuanto inspira nuestro cariño" (p. 126). Y, meditando al pie de la sepultura, se decía: "Mi misión es de amor ... No podía morir porque, a pesar de todo ... hay mucho que amar" (p. 131). Pero antes de llegar a hacer parte de sí el amor divino, Teresa sufre las tentaciones de la carne: "Dios

¹⁸ Santa Teresa dice en *El libro de su vida*, cap. II, que la razón principal de su estancia con las Agustinas fue la muerte de su madre. Sender no olvida esto por completo, y más adelante anota que "poco antes de dejar su casa para ir al internado de Nuestra Señora de la Gracia, murió su madre, joven aún" (p. 101).

no aparecía ya en los afectos de los demás, pero ¿y en los suyos? Quiso repasar sus sentimientos y no supo por dónde empezar. No había nada. Había tedio, enfermedad, vejez en la adolescencia y la sensación de la conciencia ausente, como podría tenerla una talla de madera" (p. 139).

La tercera parte, "La pasión", muestra a Teresa, ya recuperada, incorporada de nuevo a la vida conventual, dedicada de lleno a la vida de oración y a la reforma carmelita a través de sus fundaciones¹⁹. La enfermedad pasada parece haberla depurado de los deseos de la carne, cuyas tentaciones no siente más. Teresa sólo vive en su intimidad, esperando la noche para poder estar a solas con su Dios, con Cristo crucificado, en cuyo gesto doloroso veía ella todos los sufrimientos propios: "Por eso el Crucificado no inspiraba compasión, sino admiración y amor" (p. 165). Sender nos dejó aquí unas de las páginas más bellas del libro en la descripción difícil de esta sublimación amorosa de la santa, en la que une finamente lo erótico con lo espiritual:

Abrochado el cilicio, cayó de rodillas. Una gota de sangre resbalaba por un muslo. Teresica sufría y recibía el sufrimiento estremecida de gloria. Arrodillada, se acercó a la pared y besó los pies del crucifijo. El alma recibía la noticia de la carne con alborozo. Teresica reía. Ofrecía a Jesús su dolor. ¿Qué dolor? La confidencia de la carne, la confesión de la materia viva y sangrante pasaba desapercibida para Teresica, que creía en su dolor y en su sacrificio (p. 165).

Es el comienzo de sus visiones, que irían aumentando con el tiempo. Pero antes había de mudarse a otro convento con un grupo de monjas más dedicadas a la oración y a la mortificación. Sender narra esta primera fundación de la santa con todo detalle, saliéndose de la versión teresiana solamente para poner de relieve algún aspecto del carácter fuerte y decidido de la monja abulense o para dramatizar la situación precaria de los primeros días del convento de San José de Ávila, donde, según nos dice la misma santa²⁰, pasó los años más descansados de su

¹⁹ Sender narra solamente incidentales concernientes a la primera fundación de la santa, única de la que habla Teresa en el *Libro de su vida*, fuente principal del autor aragonés. Más adelante hace una referencia a esta actividad de la reformadora carmelita, diciendo que, ante los comentarios adversos de algunas monjas, "Teresa se encogía de hombros, recordaba con delicia la trasverberación y seguía fundando conventos" (p. 217).

²⁰ *Libro de las fundaciones*, I.

vida, pudiendo dedicarse de lleno a la oración y a la contemplación mística, aumentando progresivamente en ésta hasta llegar a la unión espiritual con la divinidad: "La oración mental pasaba a ser 'oración de unión' cuando todas las potencias se rendían al presentimiento de Dios" (p. 204), pues "Teresa era el deseo divino desconectado de la carne, del sexo, porque todo el entendimiento, toda la imaginación, todo el amor estaban puestos en una abstracción" (p. 206). A través de ese recogimiento y ensimismamiento espiritual llega al último grado de la experiencia mística, a la unión con el esposo, a la séptima morada del castillo interior.

Una vez más Sender expresa con gran tacto esta experiencia tan ajena a persona que no la ha experimentado. El autor sigue de cerca la descripción de la santa de Ávila, añadiendo un tono escéptico, producto del hombre agnóstico que es Sender. Así describe, o, mejor dicho, explica, la esencia del amor de esta unión mística: "El amor de Jesús no podía ser Jesús mismo, como el de ella no podía ser sólo su cuerpo ni sola su alma, ni ambas cosas juntas. Era algo más, inasequible e inaprehensible, formado por ecos de deseos divinos de otros dioses de otros tiempos y quizá también por ecos del rumor de los torrentes recogidos en el éter, donde las águilas no pueden volar" (p. 206)²¹.

Los últimos tres capítulos que forman la cuarta parte, "Reposo y Santidad", muestran a Teresa triunfando sobre todos los poderes que tiene en contra, siempre proyectando la mejor luz posible sobre la santa castellana. Triunfa sobre el padre Bonifacio y sobre la Inquisición, llega, inclusive, a obtener el favor real, y triunfa también sobre la muerte, al conservarse su cuerpo incorrupto.

Como hemos podido observar, Sender trata a Santa Teresa con gran respeto a lo largo de toda su obra, y está muy lejos de caer en la blasfemia cuando describe los arrobamientos de la santa, sin ir nunca más allá de las insinuaciones que la misma autora presenta en el *Libro de su vida*. Cabe preguntarse por

²¹ Sender trata de definir la esencia del amor, en otro sitio, de la siguiente forma: "La metafísica última del amor es inaccesible a la razón como lo es la de la libertad y también la noción de lo divino. Podemos percibir su misteriosa presencia, formular a veces su problema, tal como lo vemos. Pero no penetrar en su esencia con las luces de la inteligencia positiva" (*Tres ejemplos de amor y una teoría*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 10). En relación con la actitud religiosa de Sender, véase su libro, *Ensayos sobre el infringimiento cristiano*, Madrid, Editora Nacional, 1975, así como CARRASQUER, *op. cit.*, pp. 214-221.

qué el autor ha repudiado tan insistentemente esa obra de juventud. Sólo en el prólogo dice Sender algunas palabras que pueden resultar ofensivas para personas religiosas, ya que hace hincapié en la semejanza entre experiencia sexual y mística, añadiendo que "en lugar de usar su verdadero nombre los místicos usaron el de *entrañas*" (p. 7). Quizá un título diferente y un nuevo prólogo hubiesen sido suficientes para enmendar lo que más bien parece haber sido una falta de tacto. No quiero sugerir con esto que *El Verbo se hizo sexo* sea una obra maestra. Adolece de lo que Marra-López llama "el gran defecto de Sender", es decir, "su falta de contención, su excaso sentido de la medida"²². Pero también hay que reconocer que tiene páginas muy conseguidas y que la obra, en su totalidad, forma un buen relato.

Cuando, treinta y seis años más tarde, Sender publica *Tres novelas teresianas*, viene a mostrar su continua admiración por la santa española. Por estar fuera de nuestra intención, no vamos a adentrarnos aquí en esta obra que, además, ha recibido, merecidamente, buena crítica por parte de muchos comentaristas²³. Baste decir que se trata de tres estampas de la vida de Teresa de Jesús (correspondientes a su juventud enfermiza, al tiempo que estuvo de priora en el convento de Pastrana, y asistiendo a misa en la corte), en las que el autor mezcla personas históricas con personajes literarios, como el Lazarillo de Tormes y Don Quijote, mostrando ser obra de un escritor mucho más maduro y sofisticado. Algunas escenas y personajes de su primera novela teresiana se repiten en esta obra, pero todo está más depurado de esa visión casi supernatural de los sentimientos de Teresa, presente en *El Verbo se hizo sexo*. A pesar de ello, no creo que *Tres novelas teresianas* deba suplantar a *El Verbo se hizo sexo*, aun en contra de las pretensiones de Sender, sino que las dos obras deben ser consideradas como muestra del cariño y admiración del escritor aragonés por Santa Teresa, además de ser dos buenos ejemplos para estudiar los cambios estilísticos operados en el autor a lo largo de su carrera novelesca.

JUAN FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

The Pennsylvania State University.

²² JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ, *Narrativa española fuera de España, 1939-1961*, Madrid, Guadarrama, 1963 p. 371.

²³ Véase, sobre todo, CARRASQUER, *op. cit.*, pp. 214-232.